

Hombre y Sociedad

DECADENCIA DE LO HUMANO KONRAD LORENZ

*Hoy día, las perspectivas
del futuro de la Humanidad
son sumamente sombrías.*

*Acecha la decadencia paulatina de
todos los valores y cualidades
que le prestaron su
carácter humano.*



PLAZA & JANES

P & J

EPOCA

DECADENCIA DE LO HUMANA- NO

KONRAD LORENZ

PLAZA & JANES EDITORES, S.
A.

Título original:
DER ABBAU DES MENSCHLICHEN

Traducción de
MANUEL VAZQUEZ

Primera edición: Diciembre, 1985

© R. Piper & Co. Verlag, München 1983
Copyright © 1985, PLAZA & JANES EDITORES, S. A.
Virgen de Guadalupe, 21-33. Esplugues de Llobregat (Barcelona)

Este libro se ha publicado originalmente en alemán con el
título de

DER ABBAU DES MENSCHLICHEN
(ISBN: 3-492-02833-0. R. Piper & Co. Verlag. München. Ed.
original).

Printed in Spain — Impreso en España
ISBN: 84-01-33294-X — Depósito Legal: B. 40171-1985
Impreso por Printer Industria Gráfica, sa. Sant Vicenç deis
Horts Barcelona

ÍNDICE

UN PRÓLOGO SUMAMENTE ESCUETO

UNA RECAPITULACIÓN SUMAMENTE ESCUETA

Primera parte

GRADOS DE LIBERTAD EN LA EVOLUCIÓN

- I. La creencia en un orden mundial dirigido
- II. Historia de las especies y su falta de planificación
- III. La evolución creativa

Segunda parte

REALIDAD DE LO «SÓLO» SUBJETIVO

- IV. El problema alma-cuerpo
- V. Fenomenología de las apreciaciones de valores
- VI. El interrogante sobre las apreciaciones de valores con programación no telefónica

Tercera parte

LA MENTE COMO ANTAGONISTA DEL ALMA

- VII. El malestar en la cultura
- VIII. Frustraciones nacidas de modalidades razonables del comportamiento
- IX. Laberintos de la mente humana

Cuarta parte

SITUACIÓN ACTUAL DE LA HUMANIDAD

- X. El sistema tecnocrático
- XI. Situación actual de la juventud
- XII. Legitimación del optimismo

Epílogo. EL CREDO DEL CIENTIFICO

Bibliografía

UN PRÓLOGO SUMAMENTE ESCUETO

Las perspectivas del futuro para la Humanidad son hoy realmente sombrías. Es muy posible que las armas nucleares le induzcan a cometer un suicidio fulminante, mas no indoloro, ni mucho menos. Pero aunque no suceda semejante cosa, la amenazarán el envenenamiento y la consiguiente aniquilación del medio en que vive y del que se nutre. Y aun cuando contenga a tiempo su actuación ciega e increíblemente desatinada, la acechará, amenazante, la paulatina desintegración de todos los valores y cualidades que le prestaran su carácter humano. Muchos pensadores lo han visto así, y muchos libros dejan entrever la noción de que marchan al unísono el aniquilamiento del medio ambiente y la «decadencia» de la cultura. Ahora bien: sólo unos pocos consideran la desintegración de lo humano como una *enfermedad*; sólo unos pocos buscan —según hiciera Aldous Huxley— las causas de tal dolencia y los posibles remedios. Con esta obra pretendemos cooperar a esa búsqueda.

UNA RECAPITULACIÓN SUMAMENTE ESCUETA

Primera parte. Muchas personas creen que el curso de los acontecimientos mundiales está predeterminado y encauzado hacia un objetivo. En realidad, el devenir de la creación orgánica transita por caminos imprevisibles. En esta idea se fundamenta nuestra fe tanto en la posibilidad de un acontecer verdaderamente creador, como en la libertad y, sobre todo, en la *responsabilidad* del hombre. Así, pues, la primera parte de este libro tiene por objeto refutar la hipótesis de un acontecer mundial predeterminado que, en el fondo, no representaría nunca la historia de la Creación.

Segunda parte. Puesto que toda la responsabilidad moral del hombre viene determinada por su escala de valores, es preciso combatir la creencia, errónea y epidémica, de que sólo lo calculable y mensurable corresponde a la realidad. Se ha de explicar, de manera convincente, que los acaecimientos de nuestra experiencia subjetiva poseen un grado de realidad idéntico a todo lo que se puede expresar con la terminología de las Ciencias Naturales Exactas.

Tercera parte. El pensamiento abstracto y la palabra hablada originan el desarrollo del saber, querer y poder humanos, o, dicho con otras palabras, de la *mente* humana, cuya creciente aceleración exponencial hace de la mente un auténtico «antagonista del alma». La mente humana crea unas condiciones a las que no puede acomodarse ya la predisposición natural del hombre. Las normas de comportamiento, tanto cultu-

rales como «instintivas», programadas por vía genética —que eran todavía virtudes en un pasado históricamente reciente—, resultan hoy perniciosas ante semejantes circunstancias.

Cuarta parte. Trata de la situación en que nos han colocado los acontecimientos expuestos en la tercera parte. Es una situación amenazadora, pero aún queda un margen para la esperanza, pese a la espiral, diabólica e irreversible, del desarrollo técnico y económico. Los nuevos hábitos del pensamiento suscitados por la tecnología se han encastillado como doctrinas de un sistema tecnocrático que se preserva mediante la autoinmunización. Como resultado de ello, la tecnocracia cuenta con una organización superlativa, cuya acción tutelar se acrecienta a medida que aumenta el número de personas que se han de organizar. Por otra parte, en el campo cultural falta la diversidad de la acción recíproca, premisa indispensable para todo desarrollo creativo. Así, pues, la juventud contemporánea afronta una situación particularmente crítica. Con objeto de soslayar la amenazadora apocalipsis, es preciso sensibilizar a la gente joven, infundirle un nuevo despertar a lo bello y lo bueno, que han sido subyugados por el cientifismo y el pensamiento tecnocrático. Las medidas educativas empiezan con el ejercicio de las facultades perceptivas para apreciar formas, lo único que puede procurar una fina sensibilidad en la captación de armonías. Cuando ello funciona adecuadamente, permite almacenar, como cualquier aparato computador, una cantidad muy considerable de datos. El contacto más estrecho posible con la Naturaleza viva a una edad lo más temprana posible, es un sistema muy prometedor para alcanzar tal objetivo.

Primera parte

GRADOS DE LIBERTAD EN LA EVOLUCIÓN

Capítulo primero

LA CREENCIA EN UN ORDEN MUNDIAL DIRIGIDO

SUS CONSECUENCIAS DESMORALIZADORAS

Teilhard de Chardin dio un paso significativo al equiparar la evolución con la Creación. Es tan fundamental para nuestra filosofía como para la suya su noción de que cada progreso evolutivo va asociado a una *plusvalía*. Ahora bien, cree que el camino de la evolución desde lo no viviente hasta lo viviente, desde lo ínfimo hasta lo máximo, está básicamente *predeterminado*, al igual que Oswald Spengler creía en una decadencia insoslayable de nuestra civilización.

Esos conceptos contradictorios acarrearán las mismas consecuencias al comportamiento humano: ambos permiten que el hombre se crea libre de toda responsabilidad respecto a los acontecimientos mundiales. Los factores del desarrollo orgánico, sobre todo la mutación y la selección, han moldeado la mente humana tal como las restantes manifestaciones de vida. Sin embargo, la mente humana ha encontrado medios y caminos para descartar el más importante de los factores que la crearon: la cruel selección preservadora. La evolución puso al hombre sobre los pies, dejándole en una posición inestable —en el sentido simbólico más profundo—, y luego apartó las manos de él. La selección creativa —de la que trataremos en la cuarta parte del libro— dejó de influir sobre el hombre. Ahora la sustituye la selección intraespecífica, que, como muy

bien sabemos, puede guiar la transformación de las especies por cauces disparatados.

Es hasta cierto punto permisible decir que la evolución creadora, en el sentido de la descendencia histórica, ha cesado sobre nuestro planeta. El desarrollo cultural de la Humanidad avanza cada vez más aprisa y, considerando la aceleración alcanzada hoy día, no parece exagerado afirmar que la velocidad de la evolución genética es nula comparada con él. Sea como fuere, los cambios originados por el desarrollo cultural en todo el planeta se desarrollan a un ritmo tan trepidante, que excluyen por completo el acompañamiento, la «escolta» del desarrollo filogenético. El hombre se halla sometido a una terrible amenaza.

Hoy, «esa fuerza eternamente activa, provechosamente creadora», como la denomina Goethe, puede ser efectiva sólo mediante las facultades sensitivas del ser humano para justipreciar valores.

El decidir si la evolución de la vida orgánica proseguirá aquí y ahora «hacia arriba» o «hacia abajo», ha pasado a ser una responsabilidad del hombre. Sin sensibilidad para los valores, el preguntarse cuáles serán las consecuencias de nuestro proceder no puede conducir a un mandato ni a una prohibición.

Nadie sabe si el futuro desarrollo filogénico del hombre nos seguirá llevando hacia delante; yo, sin embargo, creo firmemente en esa posibilidad. Si el desarrollo cultural continúa su curso a una velocidad, digamos, superior, en varias décimas potencias, a la del desarrollo filogénico y, no obstante, obedece a unas leyes similares, es muy probable que tenga capacidad para llevar a la filogenia en su sentido, o sea, en la misma dirección. Dadas las circunstancias de nuestro orden mundial tecnocrático, esa dirección parece conducir, sin duda, hacia abajo. De ser así, nuestra naturaleza humana corre peligro.

LA CREENCIA ERRÓNEA EN EL LLAMADO PROGRESO

Aunque hoy muchos tengan ya conciencia de los riesgos que entraña el desarrollo tecnológico de la Humanidad, abundan también las personas de pensamiento «morfotécnico», cuya firme convicción es la de que todo desarrollo aporta, indefectiblemente, nuevos valores. Tal concepto es falso, aun cuando se interprete el desarrollo como diferenciación y subordinación de las partes, según lo define Goethe, y, sin duda, tanto más respecto a los posibles desarrollos culturales que en relación con los filogénicos.

Sin duda la formación de valores tiene como premisa el desarrollo, aunque no es necesariamente una consecuencia de éste. Bajo un orden mundial tecnocrático, el proceso de tal o cual desarrollo ha llegado a tener un sentido lastimosamente parco en cuanto se refiere a la creación de valores.

Así lo ejemplifica de forma singular lo que se entiende por desarrollar un área rural al estilo norteamericano: *To develop an area* significa aniquilar hasta la raíz toda vegetación natural en la parcela prevista; cubrir el suelo así despejado con cemento o, si acaso, césped de parque; afianzar, mediante muros de hormigón, un trecho de playa si lo hubiere; canalizar algún que otro riachuelo o, a ser posible, hacerle pasar por tuberías; emponzoñar a fondo todo el paraje con pesticidas y, finalmente, ponerlo a la venta al precio más elevado posible para cualquier consumidor sumiso, municipalizado y entontecido. Por añadidura, en el pensamiento morfotécnico se confunde de forma pertinaz, casi neurótica, la mera posibilidad de llevar adelante un proceso técnico determinado, con la obligatoriedad de hacerlo. Esto ha llegado a ser literalmente

un mandamiento de la religión tecnocrática: Todo cuanto sea factible, *debe* hacerse.

Por supuesto que estoy exagerando. Sin embargo, una gran mayoría de personas cree hoy a pies juntitas que los adelantos de nuestra civilización entrañan un incremento de los valores tan irremisiblemente como si los hubieran predestinado para ello.

EL RECHAZO DE UN ORDEN MUNDIAL SIN OBJETIVOS PREVIS- TOS

A muchas personas les parece inconcebible que en el Universo se desarrollen procesos no orientados hacia unas finalidades concretas. Como quiera que entre nosotros tachamos de fútil toda acción deshilvanada, nos perturba que pueda producirse un acontecimiento desprovisto de todo sentido. Goethe pone en boca de Fausto al contemplar el desatado oleaje de un mar proceloso: «Lo que podría atemorizarme hasta la exasperación, sería la fuerza desatinada de unos elementos indomables.» Pero lo que ofende, sobre todo, al hombre en su dignidad, es que él, pese a su gran importancia, resulte ser un elemento intrascendente por completo para el acontecer cósmico. Como observa que lo absurdo predomina en los acontecimientos mundiales, teme que lo irracional triunfe rotundamente sobre los esfuerzos humanos para encontrar la razón de ser. Este temor origina la obligatoriedad de sospechar un sentido oculto en todo cuanto sucede. Según Nicolai Hartmann, «el hombre prefiere afrontar el rigor de lo real, a verse ante una indiferencia absoluta dirigida contra él. Y, por ende, opina que, de lo contrario, la vida no merece la pena». En otro pasaje, el filósofo dice: «Dista mucho de barruntar siquiera que la razón de ser podría figurar entre las prerrogativas del hombre, y

que quizás él mismo, en su desprevenición, sea quien se adjudique, sin saberlo, esa prerrogativa.»

Paradójicamente, la actitud refractaria ante un acontecer mundial no dirigido hacia un objetivo ni determinado con carácter conclusivo, es motivada, asimismo, por el temor de que el libre albedrío pueda manifestarse como una ilusión, lo cual no sólo sería absurdo según la teoría del conocimiento, sino también totalmente contradictorio por cuanto se refiere a un orden mundial con una finalidad prevista: «La idea —aceptada sin objeciones— de un mundo cuyo final se determina ininterrumpidamente de antemano, excluye por fuerza cualquier libertad del hombre» e impone a éste el comportamiento de un vehículo sobre carriles que alcanza sin remedio su meta. Semejante idea significa la negación absoluta del hombre como ser responsable.

LOS TRES TIPOS DE SUCESOS DIRIGIDOS HACIA UN OBJETIVO

En el cosmos los acontecimientos con un final determinado corresponden exclusivamente al ámbito de lo orgánico. El análisis categoremático del nexa final, según Nicolai Hartmann, es factible sólo desde la ensambladura de una cadena

de acontecimientos muy concretos. Éstos se caracterizan por tres actos, que no podemos desensamblar para examinarlos por separado, pues todos juntos constituyen una unidad funcional. Primero: la fijación de un objetivo salvando el curso del tiempo, como anticipación de algo futuro; segundo: sucediendo a ese objetivo fijado está la selección de medios; se trata, pues, de medios determinados con carácter retroactivo en cierto modo; tercero: la consecución del objetivo mediante la sucesión causal de los medios seleccionados.

Siempre deben estar presentes —tal como subraya, con especial énfasis, Nicolai Hartmann— un «portador» de los actos, un «fijador» del objetivo y un «selector» de los medios. Por añadidura, el «tercer acto», la consecución del objetivo, debe estar sometido casi siempre a una «supervisión» adicional, pues en la elección de los medios pueden deslizarse algunos errores; cuando se dé este caso, aparecerá en algún punto de la secuencia una desviación de la línea trazada, y entonces será preciso repararla mediante la aportación de nuevos medios.

Según opina Nicolai Hartmann, el portador de los actos y fijador de los objetivos puede ser siempre únicamente una conciencia, pues —dice él— «sólo una conciencia tiene movilidad en el tiempo, puede salvar el curso del tiempo, anteponer, anticipar, seleccionar medios y, volviendo a salvar, con movimiento regresivo